

Viernes, Historia



Preparativos para el asaeteamiento de San Sebastián por Pedro Ibircu, 1687, en San Pedro de la Rúa de Estella

dad entre 1467 y 1478. Herederas de la estética gótica encontramos algunas imágenes en la Navarra de hacia 1500, entre las que destacan las de Muniáin de la Solana, Asarta y Villafranca.

Las esculturas y relieves del santo en la Comunidad foral se multiplicaron a lo largo del siglo XVI. No cabe duda de que el modelo del joven desnudo se prestaba para recrear el cuerpo humano, aunque fuese doliente, en el contexto del humanismo renacentista. Su representación fue una excelente excusa para muchos maestros con el fin de mostrar una anatomía masculina desnuda sin temer a la censura eclesiástica, en tiempos en que el decoro era una norma y principio artístico.

Al Primer Renacimiento de corte expresivo pertenecen los ejemplos de Abaigar, Piedramillera, Torralba del Río, entre otros. La impronta del taller de Gabriel Joly se deja notar en la delicada escultura de Fitero, de mediados de la centuria, que presenta postura forzada y anatomía de modelado muy suave. Un poco más avanzadas en el tiempo y en las formas son los ejemplares de Huarte-Araquil e Irañeta, debidas a Juan de Beauves y Pierres Picart, respectivamente.

El Romanismo con su gusto por los escorzos y la imitación del arte miguelangelesco encontró especial ocasión en la figura desnuda del santo. Bernabé Imberto en Andosilla (1598), Juan de Troas en Lezarza (c. 1600), Juan de Gastelúzar en Zabaldica (1614) o Juan Imberto en Salinas de Oro (1576-82) dejaron buenos ejemplos. El alargamiento del canon y el estudio anatómico son protagonistas en las esculturas de Caparrosos y Burgui. Al siglo XVII pertenecen otras muchas

tallas, en general sin la genialidad de las del siglo anterior. Entre ellas destacan las de Esparza de Salazar y Lacunza (Gaspar Ramos, 1627 y 1637), Maya (Juan de Huici, 1635) y catedral de Pamplona (Francisco Jiménez Bazarco, 1682). En la pintura barroca con el santo en solitario destaca un lienzo tenebrista, copia de Ribera, de las Capuchinas de Tudela.

La escena martirial

En algunas ocasiones la figura aislada se acompaña de los verdugos con arcos, e incluso ballestas. Entre los más tempranos ejemplos destaca la tabla del retablo de San Sebastián y San Nicasio (1402) de Sa n

Miguel de Estella –actualmente en el Museo Arqueológico Nacional-. El santo, con numerosos dardos, siguiendo el texto de la *Leyenda Dorada*, aparece atado a una columna con sendos verdugos y otros personajes. El mismo pasaje se narra en el retablo de Barillas, obra atribuida por Alberto Aceldegui a Nicolás Zahortiga (doc.1443-1485), y también figuraba en el desaparecido retablo de San Sebastián y Santa Ana de Cintruénigo, del último tercio del siglo XV, estudiado por el mismo investigador.

En el retablo de su advocación de Imbuluzqueta encontramos el pasaje de su martirio con gran complejidad compositiva. Se trata de una tabla del segundo tercio del siglo XVI, que se ha relacionado con el taller de Ramón Oscáriz. Al igual que otras obras, entre las que cabe recordar la tabla de Pedro García de Benabarre del Museo del Prado (c.1470), encontramos al emperador con corona y cetro presenciando la escena. La composición se completa con numerosos personajes y fondos de paisaje y arquitectura, que evidencian la copia de estampas rafaelescas. La plástica presenta el tema en los retablos renacentistas de Arre, Ciriza y Etayo, mientras que en la pintura seiscentista lo encontramos en el monasterio de Fitero y en San Pedro de Olite.

Algunos relieves y, sobre todo pinturas de los siglos XVII y XVIII, suelen mostrar el martirio en diferentes momentos, en sus prolegómenos, con el santo muy dolorido y a veces, en el instante en que se encomienda a Dios. Todo ello propició que los artistas plasmasen fuertes contrastes luminicos entre la figura y el paisaje del fondo, acentuando así el dramatismo de la escena. En un lienzo del antiguo retablo de San Pedro de la Rúa de Estella, obra de Pedro de Ibircu (1687), dos sayones se disponen a atar al santo en los preparativos del asaeteamiento.

En algunas pinturas barrocas se acompaña de ángeles que le asisten o confortan. En un par de lienzos de las Clarisas de Estella y del re-



San Sebastián en coral siciliano de la primera mitad del siglo XVII. Colección particular



San Sebastián fue un soldado romano cristiano que fue amarrado a un tronco y asaeteado

Dijeron de él que libró a Roma de la peste en el siglo VII

Aparece en numerosas representaciones artísticas en Navarra

En la mayoría se ve joven, imberbe y atado a un tronco o una columna

tablo de Améscoa Baja se copia el grabado de Paul Pontius que reproduce una obra de Rubens. En el retablo del santo de Acedo y en un lienzo de Villafranca que copia una estampa de Tomás de Leu por pintura de Jacobo de Palma, el ángel le trae la recompensa de la victoria en forma de palma y corona, atributos de los mártires.

Otras representaciones

En algunas ocasiones forma pareja con san Fabián, por compartir ambos el mismo día 20 de enero para su fiesta. Con el santo papa lo encontramos en la predela del retablo gótico de San Salvador de Sangüesa y en un relieve del retablo de Imarcoain, obra de Juan de Gastelúzar, de comienzos del siglo XVII. En algunos retablos del siglo XVI se le asoció con San Miguel, como ocurre en el de Burlada –hoy en el Museo de Navarra-, obra de Juan del Bosque (1540-1546) y en el de Cizur Mayor, de Juan de Bustamante (1538). En ambos casos se le representa como caballero.

La ermita de su advocación de Cintruénigo estaba presidida por un retablo del último tercio del siglo XV, desaparecido. Compartía titularidad con Santa Ana y presentaba sendos momentos de su vida: el santo ante el emperador y el asaeteamiento con recuerdos del mismo tema del retablo de Barillas. Infrecuentes son otros pasajes narrativos de su

vida. En el retablo de su advocación de Andosilla encontramos sendas escenas: el prendimiento a cargo de unos soldados y el santo repartiendo limosna.

La categoría social de San Sebastián, como militar, hizo que en la Edad Media adquiriera tintes de caballero, por lo que se divulgó un modelo iconográfico con lujosas vestimentas y un rico collar pendiente de su cuello. En un retablo procedente de San Miguel de Estella, hoy en el Museo Arqueológico Nacional, lo encontramos cual noble palatino, con la espada en una mano y las saetas en la otra. Comparte titularidad con San Nicasio, que gozó de popularidad en Navarra y devoción por parte de sus monarcas. El retablo pertenece al periodo gótico internacional y fue encargado, junto al de Santa Elena, conservado in situ, de Martín Pérez de Eulate en 1402 para su capilla funeraria.

En la puerta de San José de la catedral de Pamplona, obra de la primera mitad del siglo XV, aparece como caballero. A la segunda mitad del mismo siglo pertenece una tabla de una colección de Corella y filiación aragonesa, que Altadill creyó que era un retrato del Príncipe de Viana con signos de santidad, pero que se ha de identificar con San Sebastián. En el citado retablo de Cintruénigo, del último tercio del siglo XV, aparecía también como caballero. En Artajona se encuentra una escultura de los inicios del siglo XVI con esas mismas características.

La colección Arrese de Corella guarda una tabla procedente de Vierlas (Zaragoza) de comienzos del siglo XVI, en la que viste ricamente y se adorna con una doble cadena que pende sobre su pecho, portando un enorme arco y una flecha, cual doncel preparado para la caza. La pieza se relaciona con obras aragonesas del momento.

En las artes suntuarias

Medallas, estampas, escapularios, pinjantes y relicarios con su imagen cooperaron asimismo, desde las artes suntuarias, a fomentar su devoción y culto. En diversas colecciones navarras se conservan piezas reseñables. Las Agustinas Recoletas guardan un relicario múltiple de comienzos del siglo XVIII, con su figura central en marfil, que ha sido estudiado por Pilar Andueza. Una pequeña escultura de coral siciliano sobre peana de filigrana plata, de la primera mitad del siglo XVII, ha sido publicada por Ignacio Miguélez y un esmalte en forma de corazón de fines de la citada centuria resulta de especial singularidad, destacando la viveza de su colorido.

En cuanto a los relicarios argénteos, destaca el de tipo romano de Sangüesa, que envió don Fermín de Lubián, hijo de la ciudad y prior de la catedral de Pamplona, en 1759. Entre las estampas devocionales hay que citar una del santo de Tafalla tocado con yelmo y rodeado de arreos militares, de comienzos del siglo XVIII.

Ricardo Fernández Gracia es director de la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro de la Universidad de Navarra.